



NAC-USA
DEVELOPMENT
INSTITUTE

¿Das
fruto?

Paz

Manse-
dumbre

Dominio
propio

GUION DE MITAD DE SEMANA

2017

Agosto

Sesión 1 - ¿Das fruto?

¡Bienvenidos! En el mes de agosto, los sermones se enfocarán en el «fruto del Espíritu Santo», en otras palabras, en lo que Él produce. El don del Espíritu Santo es dispensado en el sacramento del Santo Sellamiento. Si el creyente sellado le da espacio al Espíritu Santo para desenvolverse, las virtudes divinas se desarrollarán. A través de nuestras sesiones de experiencia de mitad de semana este mes, nos enfocaremos en unas cuantas de estas virtudes, empezando esta semana con el fruto de la fe, el amor y la unidad.

Obtenemos una perspectiva del valor que Jesucristo coloca en el desarrollo del fruto espiritual en Su encuentro con la higuera que no daba fruto. En Marcos 11:12-14 podemos leer: «Al día siguiente, cuando salieron de Betania, tuvo hambre. Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, fue a ver si tal vez hallaba en ella algo; pero cuando llegó a ella, nada halló sino hojas, pues no era tiempo de higos. Entonces Jesús dijo a la higuera: Nunca jamás coma nadie fruto de ti».

De lejos, la higuera parecía que podría dar frutos porque estaba llena de hojas saludables. Pero cuando Jesús se acercó a este árbol, vio que no tenía fruto, y lo maldijo. Sin embargo, había una buena razón para que la higuera no tuviera fruto – ¡no era temporada de higos! Era perfectamente normal y natural que el árbol no tuviera higos en esa época del año. Pero Jesús maldijo a este árbol de todas maneras, y murió. ¿Por qué hizo esto?

Hay dos explicaciones. La primera es que Jesús quiso usar al árbol como una imagen simbólica del pueblo de Israel. Los israelitas eran conocidos por ser un pueblo muy religioso. Ellos estaban dedicados a guardar los mandamientos de Moisés, y era muy importante para ellos que todos los vieran guardando los mandamientos. Pero acercándose a ellos, Jesús pudo ver que en sus corazones no había fe viviente, ni tampoco mucho amor por Dios.

La segunda explicación es que Jesús quiso dejar en claro que producir sólo hojas no es suficiente; también debe haber fruto. ¿Cuáles son las «hojas» en nuestras vidas? Las hojas son lo que los demás pueden ver de nosotros, nuestro comportamiento. Tal vez alguien nos ve y asume que somos personas fieles. Vamos a la Iglesia cada domingo y saludamos a todos y les sonreímos a todos. Si alguien nos observa, podría decir: «Están sirviendo a Dios –cantan en el coro–», o «Están sirviendo a Dios –limpian la iglesia–», y así sucesivamente. En las «hojas» de nuestro comportamiento, uno puede ver nuestro comportamiento hacia Dios y hacia la Iglesia, lo cual es bueno y necesario. Pero Jesús se quiere acercar más a nosotros, quiere estar muy cerca de nosotros, para revisar si estamos produciendo fruto en nuestros corazones. Él quiere ver si sentimos un amor verdadero por Él y una fe viviente detrás de nuestro «buen» comportamiento. Para poder revisar esto, Él se acerca mucho, porque para Él, es importante no sólo el tener hojas, sino también tener el fruto del Espíritu Santo.

De hecho, debemos tener ambos – fruto y hojas. La higuera no puede tener fruto sin las hojas; ni tampoco nosotros podemos tener virtudes internas sin comportamientos que las apoyen. Algunas personas dicen: «No es tan importante cómo me comporto. Lo que es importante es lo que está en mi corazón». Pero necesitamos hojas y fruto. El contenido de nuestros corazones debe concordar con nuestro comportamiento, el cual es una manera en la que podemos glorificar a Dios, nuestro Padre. Aquello que las personas pueden ver, nuestro comportamiento en la sociedad y en nuestras familias, tiene que concordar con nuestros corazones.

Entonces, ¿cuál es un fruto que Cristo quiere encontrar en nuestros corazones? Fe. Sabemos esto porque en Lucas 18:8 podemos leer que Jesús se preguntó en voz alta: «[...] Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?». ¿Qué tipo de fe está buscando Él? No sólo una creencia en la existencia de Dios, el Padre y Creador; y en Jesús, Su hijo; sino también una fe viviente que resulte en acciones que demuestren nuestra confianza en Él. ¿Creemos que Jesús realmente nos ama lo suficiente para sostenernos cuando el obedecer Su palabra nos ponga en una posición de vulnerabilidad? ¿Creemos que Él verdaderamente nos ha perdonado para que no tengamos que vivir atados a las cadenas de la vergüenza, culpa y de sentirnos incapaces? Nuestra fe se mide por cómo aplicamos el Evangelio en cada parte de nuestras vidas, no sólo en las partes que uno puede ver cuando estamos en sociedad o en la congregación, sino también cuando estamos en casa y en las partes más profundas de nuestros corazones. El Evangelio y los mandamientos de Dios aplican en todo momento, ya sea si alguien nos ve o no.

Jesús también está buscando amor en quienes serán Su novia. El amor puede medirse por nuestra motivación

a servir a Dios y traer nuestras ofrendas. No servimos a Dios por nuestros propios intereses. La motivación real, la motivación profunda para servir a nuestro Señor, para comprometernos en Su obra de salvación y traer nuestras ofrendas, es porque lo amamos.

Otro fruto que Él está buscando es el fruto de la unidad. Jesús se lamentó sobre la ciudad de Jerusalén en Mateo 23:37, diciendo que Él había querido: «juntar a [sus] hijos, como la gallina junta sus polluelos» pero no quisieron. Entonces, en el jardín de Getsemaní durante las horas más difíciles de Su vida, Jesús oró por la unidad entre todos los que creerían en Él, diciendo: «Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros [...]» (Juan 17:20-21). Eso era muy importante para Él. Él quiere el fruto de la unidad en nosotros. Es bueno venir a la Iglesia y saludar a todos con una sonrisa, pero, ¿realmente somos uno? Jesús sufre cuando la congregación está dividida. Él sufre como lo hacen un padre y una madre cuando sus hijos están divididos. Jesús quiere encontrar el fruto de la unidad en nuestros corazones, la disposición a ser uno, a contribuir a la unidad del pueblo de Dios. Y entonces la pregunta es muy simple –¿a qué estamos, individualmente dispuestos a renunciar para alcanzar la unidad? ¿A qué, personalmente, estamos dispuestos a renunciar por la unidad?

Jesús nos pide dar mucho fruto, lo cual sólo lo podemos hacer cuando permanecemos en Él. Él es la vida y nosotros somos los pámpanos (Juan 15:1-8). El Apóstol Mayor Schneider continuamente nos recuerda que demostramos la actividad del Espíritu Santo en nosotros al amar a nuestro prójimo. ¡Qué mejor manera de amar a nuestro prójimo que compartir el fruto del Espíritu Santo con ellos!

Sesión 2 – Paz

¡Bienvenidos nuevamente! En esta sesión continuaremos nuestro estudio sobre el fruto del Espíritu al crecer en nuestro entendimiento de la paz. La paz es algo que todos buscamos, pero a menudo es efímera y fugaz. Al finalizar el día, puede ser que anhelemos retirarnos a un lugar sereno, donde podamos descansar y prepararnos para el día siguiente. Después de una larga semana de trabajo, podemos buscar el refugio del fin de semana, pero después de un par de días, regresamos a nuestra rutina diaria. Si bien estos momentos son maravillosos y necesarios, no hay manera de que ofrezcan la misma paz que nos ha sido ofrecida por Jesús a través del Espíritu Santo.

La paz es una bendición y una dádiva. Es seguridad, estabilidad y serenidad, incluso cuando estamos rodeados de turbulencia. El propósito de la venida de Cristo al mundo fue traer paz espiritual con Dios. A través de Su obra de sacrificio en la cruz, Jesús abrió el camino para que todos puedan entrar en una relación de paz con Dios. Los cristianos pueden vivir con una paz inexplicable debido a su creencia en Jesucristo, en el Evangelio y en la certeza de su salvación.

Cuanto más nos acercamos a Jesús, más nos daremos cuenta de que la paz no es algo que podemos desarrollar nosotros mismos, sino que es algo otorgado por Jesús. Cuando Jesús estaba llegando a la conclusión de Su ministerio en la Tierra, Él les informó a Sus discípulos sobre Su partida y luego les expresó varias palabras de consuelo. A través de Sus palabras, Él buscó darles paz. Escuchemos las palabras de Jesús en Juan 14:27: «La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo». En este par de enunciados, Jesús nos enseña que la paz que Él ofrece es muy diferente a la que se ofrece en nuestro mundo, la paz que es de nuestra propia creación. De las palabras de Jesús, podemos obtener una noción de los sentimientos de los discípulos en aquel tiempo. Podemos imaginar que estaban nerviosos, turbados y preocupados sobre lo que sucedería una vez que su Maestro partiese. Las palabras de Jesús les sirvieron como una garantía de que, si continuaban estando arraigados en Él, ellos tendrían paz, sin importar la tribulación que habrían de enfrentar.

Pablo alentó a los Colosenses a que: «[...] la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo; y sed agradecidos» (Colosenses 3:15). Cuando el Espíritu Santo reina en nuestros corazones, entonces la misma paz que se le ofreció a los discípulos se puede desarrollar y ser evidente en nuestras vidas. La paz verdadera satura un alma cuando está en verdadera alineación con el camino de

Jesucristo. Sé consciente de la paz que es otorgada por Dios a través de Su Hijo y del Espíritu.

Nuestros días a menudo están llenos de cosas que trabajan para robarnos nuestra paz: preocupaciones acerca de nuestras familias, nuestros trabajos y nuestras situaciones financieras, junto con preocupaciones acerca de errores del pasado que nos acechan, relaciones que están en desorden, y aflicciones causadas por la pérdida de seres queridos, o la manera en la que las cosas solían ser, u oportunidades que dejamos pasar. La paz que tenemos está constantemente bajo ataque. ¿Cómo es posible vivir y andar cada día con paz gobernando en nuestros corazones? ¿Es posible tener una compostura serena en medio de todo lo que sucede en la vida? ¿Es posible tener paz en ti mismo y paz contigo mismo? Buscando cada día cumplir la voluntad de Dios, y con el poder del Espíritu Santo guiándonos, ¡es posible!

Cuando la paz de Dios es primordial en nuestros corazones, es nuestra misión compartir esa paz con los demás. La Biblia nos alienta en Romanos 12:18 a: «estad en paz con todos los hombres», y en Hebreos 12:14 a: «Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor». Cuando te encuentres en una situación rodeado(a) de aquellos que están en angustia, sé una presencia de paz entre ellos y comparte Quién es la fuente de tu paz. Sin duda, esto es difícil de hacer, pero debemos confiar en el poder del Espíritu Santo.

Como cristianos, estamos en un camino de desarrollo continuo impulsado por el Espíritu Santo, Quien está trabajando en transformar nuestra naturaleza. Tenemos la capacidad de crecer en cada uno de los rasgos de carácter que conforman el fruto del Espíritu. Permite que la paz de Dios se desarrolle en tu corazón, anda con compostura y sé un ejemplo de la eficacia del Espíritu.

Sesión 3 – Mansedumbre

¡Hola! Bienvenidos nuevamente a la serie de grupo pequeño de este mes acerca del fruto del Espíritu. Este mes podría comenzar a sentirse como una lista de verificación. La semana pasada debimos trabajar en la paz, esta semana en la mansedumbre – ¿Cuál es mi siguiente tarea? Pero el pensar así, hará que iniciemos en el camino equivocado. El fruto del Espíritu es el resultado del Espíritu trabajando en nosotros. Sólo permaneciendo en Él y confiando en que Él hará el trabajo duro de la transformación, podemos dar fruto.

Jesús enseñó que la autenticidad de Sus seguidores sería demostrada por el buen fruto de sus vidas (Mateo 7:16-20, Lucas 13:6-9). Ese fruto se mostraría a sí mismo como parte de su carácter, entretejido en sus vidas cotidianas. Entonces, ¿sobre cuál fruto conversaremos esta semana? Mansedumbre.

Cuando escuchamos la palabra *mansedumbre*, a menudo la asociamos con ser tímido o de voz suave. Tal vez, cierta persona se nos viene a la mente cuando pensamos en esta palabra. Pero profundicemos un poco más.

La palabra griega de mansedumbre es *prautes*, y significa «fortaleza bajo control». Por lo tanto, la mansedumbre no es una debilidad, sino ¡una fortaleza! Es un fruto del Espíritu que le permite al creyente poner la voluntad de Dios antes que la suya.

Cuando vemos a Jesús, nuestro mayor ejemplo, vemos que constantemente sujetó Su poder inimaginable a la voluntad de Su Padre. La mansedumbre de Jesús, Su fortaleza bajo control, se demuestra en Juan 18 cuando los soldados y los fariseos vinieron a arrestarlo. De inmediato, en defensa de Jesús, Pedro saca una espada y corta la oreja del siervo del sumo sacerdote. Jesús le dice a Pedro que guarde su espada y le pregunta: «la copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?» (Juan 18:11). Las emociones de Pedro, lo controlan en este momento, mientras que Jesús sujeta Su poder a la voluntad de Su Padre. Todos tenemos la fortaleza de nuestro propio libre albedrío. Sin embargo, con el don del Espíritu Santo, se nos da el poder para someter nuestra fortaleza a la mayor grandeza y a los propósitos de Dios.

Más que timidez o debilidad, el fruto de la mansedumbre nos llama a entregarnos. Una mansedumbre semejante a la de Cristo no es aferrarse y sujetar el control; es el Espíritu de seguir a Jesús – humildes, pero fortalecidos en Él.

¿De qué manera nos entregamos a la voluntad y a los propósitos de Dios? Al decirle continuamente «no» a nuestra naturaleza humana pecaminosa. Si leemos Gálatas 5:19-21, justo antes de que Pablo empiece a explicar el fruto del Espíritu, él habla primero sobre las «obras de la carne». No es una lista bonita. Pero esto es lo que proviene de nuestra naturaleza pecaminosa. La lista que le sigue en los versículos 22 y 23 (LBLA) es mucho más alentadora: «**Mas** el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio».

Queremos ser todas estas cosas, pero el problema viene cuando creemos que dar frutos es simplemente una cuestión de nuestra voluntad, de tratar de «ser buenos», en lugar de un resultado de nuestra conexión con Cristo. Es el fruto del Espíritu. No es mi fruto. No es tu fruto. La única manera en la que verdaderamente podemos ganar la lucha de decirle «no» a nuestra naturaleza pecaminosa y permitirle al Espíritu Santo obrar en nosotros, es cuando dejamos a un lado nuestro fruto de la buena intención y de la autorrealización y hacemos eco de lo que dice David: «[...] Tú eres mi Señor; no hay para mí bien fuera de ti» (Salmo 16:2 RVR95).

Damos fruto cuando estamos establecidos en Jesús, la vida verdadera. Jesús nos hace nuevos –habitando en Él, descansando, morando, permaneciendo en Él– es la fuente de nuestra bondad, la fuente de nuestro fruto. Entonces, que nuestras oraciones de esta semana sean: *Padre, ayúdanos a dar el fruto que Te glorifique a Ti, dejando a un lado a nuestra voluntad, por la Tuya.*

Sesión 4 – Dominio propio (templanza)

Bienvenidos a nuestra última sesión este mes. Para concluir nuestra conversación sobre el fruto del Espíritu, esta sesión se enfocará en el dominio propio¹.

¿Hay actualmente algo en tu vida por lo que te estés esforzando en controlar? Ejercer dominio propio es difícil, pero es necesario en todas las circunstancias. Cuando dejamos de tener control sobre nuestros hábitos, nuestras palabras o nuestras acciones, es perjudicial para nosotros mismos, para nuestra relación con los demás, o incluso para nuestra relación con Dios. En momentos en los que perdemos el control sobre nosotros mismos, le damos al diablo algo para usar en contra de nosotros. Le damos el conocimiento de las cosas en específico que nos tientan a ignorar el dominio propio, y él sabe que, en estos momentos, no nos dejamos ser guiados por el Espíritu Santo. A partir de ahí, el diablo no tiene que hacer mucho para impulsarnos a continuar en la senda de ceder a nuestros deseos y pasiones. Para él será más fácil alentarnos a tener más momentos sin dominio propio, mientras que, al mismo tiempo, nosotros nos sentiremos aún más derrotados por nuestra falta de control. Es como Proverbios 25:28 dice: «Como ciudad derribada y sin muro, es el hombre cuyo espíritu no tiene rienda». Cuando no nos gobernamos a nosotros mismos, cualquier cosa puede entrar y tendremos dificultad para protegernos a nosotros mismos. Por lo tanto, nuestra falta de dominio propio nos lleva a pecar, y en última instancia, estaremos más separados de Dios.

Hay muchas situaciones en las que nuestro dominio propio será puesto a prueba. Estas pueden caer en cualquier lugar del espectro de decisiones sobre cuánto podemos comer o beber, elegir entre usar palabras de amor o palabras sarcásticas que causen dolor, permitir reacciones de enojo u orgullo que se apoderen de nosotros, o ceder a pecados como el robo o el adulterio. Algunos momentos en los que carecemos de dominio propio, pueden parecer inocentes o racionales, dadas las circunstancias. Sin embargo, ¿pueden estas pequeñas decisiones, aparentemente inconsecuentes, llevar a decisiones más grandes y más frecuentes que nos harán flaquear en el camino que Dios ha establecido para nosotros? Cada vez que perdemos el control de nuestros hábitos, instintos o deseos, puede hacer que los muros a nuestro alrededor se derrumben. Sabiendo esto, debemos tener valor – valor para luchar contra nosotros mismos, para que podamos convertirnos en la nueva criatura de la que se habla en 2 Corintios 3:18: «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor».

Puesto que el dominio propio es esencial para protegernos a nosotros mismos y mantener nuestra relación con

¹ Proviene de la palabra griega *enkrateia* (ἐγκρατεία), que significa «templanza» y «dominio propio», siendo «dominio propio» la traducción que define con más precisión la palabra original, ya que el sufijo *kratia* denota gobierno, dominio, fuerza, poder (sobre algo o alguien).

los demás y con Dios, ¿de qué manera podemos evitar perder nuestro control? Cuando el Espíritu Santo nos guía y cuando somos verdaderamente honestos con nosotros mismos y estamos conscientes de las cosas que pueden hacer que perdamos el control, entonces podemos esforzarnos por proteger nuestros pensamientos o nuestros deseos. Podemos permanecer decididos a tener dominio propio. Sin embargo, es importante señalar que podemos hacer todas estas cosas y, aun así, en algún momento, experimentaremos el fracaso. Esto se debe a que el verdadero dominio propio sólo puede provenir del Espíritu. Después de todo, el dominio propio es un fruto del Espíritu; no proviene de nosotros.

Nuestra victoria en ejercer el dominio propio viene de ser guiados por el Espíritu Santo. Como humanos imperfectos, es fácil ser egoístas y ceder a nuestros deseos. Es por eso que el dominio propio puede ser tan difícil de mantener. Sin embargo, el Espíritu Santo no está sujeto a nuestros deseos, por lo que, cuando Él mora en nosotros y le damos espacio para obrar en nosotros, entonces Él podrá transformar nuestros deseos en algo que se alinee con la voluntad de Dios. Cuando nos enfocamos en vivir una vida dirigida a Dios y a Su voluntad, descubriremos que ejercer el dominio propio nos será más fácil en el futuro. Podemos observar la tentación que Jesús enfrentó en el desierto (Mateo 4:1-11). En este momento, Jesús ejerció dominio propio cuando el diablo lo tentó con alimento, después de haber ayunado durante cuarenta días. Él pudo haber cedido a la tentación, pero no lo hizo. ¿Por qué? Cristo conocía Su identidad como el Hijo de Dios y Su misión de hacer la voluntad de Su Padre. Estas cosas no flaquearon cuando Cristo enfrentó la tentación, y para Él, estas estaban sobre todo lo demás, y así, Él pudo mantener el control, y ser victorioso.

Somos hijos de Dios y también tenemos una misión: servir a los demás y a Dios. Queremos que este sea nuestro enfoque, porque este conocimiento nos ayudará a ejercer el dominio propio. Cuando nos despojamos de nosotros mismos y de nuestros deseos o instintos, y permitimos que el Espíritu Santo aumente en nosotros, entonces podemos apoyarnos más en Dios y en Su poder para guiarnos en momentos en los que necesitemos dominio propio.